

Luis Astrana Marín contra las vanguardias y contra Góngora

PABLO ROJAS

Instituto de Enseñanza Secundaria Alonso de Orozco
45560 Oropesa, Toledo
atifles@terra.es

RECIBIDO: ENERO DE 2008
ACEPTADO: FEBRERO DE 2008

Luis Astrana Marín es conocido principalmente por ser el autor de una monumental biografía dedicada a Cervantes además de por haber vertido al castellano los versos y las obras dramáticas de Shakespeare. Su labor filológica ha sido reconocida en muchas ocasiones aunque no han faltado las voces que pusieran en entredicho sus cualidades como historiador de la literatura. Quienes así se han manifestado han tenido muy en cuenta su genio atrabiliario y su tendencia al exabrupto que en muchas ocasiones iba acompañado del ataque *ad hominem*. Su primer libro, de hecho, fue una crítica iracunda lanzada contra la enseñanza que a comienzos del siglo XX se impartía en los centros religiosos de España. *La vida en los colegios y seminarios: memorias de un colegial* (1915), de claro contenido autobiográfico, narra las experiencias del joven Astrana en un centro regentado por frailes y en un seminario diocesano. Sigue en ello la senda abierta algunos años antes por Ramón Pérez de Ayala con su novela *A.M.D.G.* Rafael Cansinos Assens en sus memorias, en donde se manifiesta extremadamente crítico con Astrana, recuerda el nacimiento de aquel libro y el ánimo combativo con que se gestó:

Astranilla según su costumbre, se ha pegado como con sindeticón al pródigo editor, se ha hecho su inseparable..., y desde luego le ha entregado

el manuscrito de un libro sensacional, *La vida en los conventos y seminarios*, muy superior según dice él mismo, al *Ad maiorem Dei gloriam* de Pérez de Ayala...:

Un libro de escándalo, que se va a vender como pan bendito... y va a hacer pupa..., ¡porque en él se da mucho palo!... (2005a, 62)

El éxito, pese a sus expectativas, le fue esquivo. Tampoco tuvo más suerte con su segundo libro: *Las profanaciones literarias: el libro de los plagios* (1919), que, como su propio nombre deja traslucir, también fue compuesto con la intención de zaherir. En esta ocasión a diversos filólogos y traductores que, sin mención de sus fuentes, habían acaparado fragmentos completos de otros autores haciéndolos pasar por suyos. Francisco Villaespesa, Antonio Rodríguez Marín o Julio Cejador están entre ese centón de plagarios. Alguno, como ocurre con Cejador, no recibió con agrado aquellas críticas y, según relata Cansinos (2005a, 362-64), llegó a retar a Astrana a un duelo.

De Astrana han hablado algunos de sus contemporáneos y en general su retrato no ha sido muy elogioso. César González Ruano lo describe como “hombre desarreglado, erudito de corbata hecha, cascarrabias verde, sórdico malicioso y trotamadriles incansable” (224). Rafael Cansinos Assens es todavía más severo. En los pasajes de *La novela de un literato* en los que aparece le caracteriza con estos tres adjetivos: salvaje, absurdo y terrible. Además, Cansinos cuenta una anécdota sangrante protagonizada por Astrana y que, de ser cierta, nos habla de su falta de humanidad: tras la muerte de Camín publicó “un artículo feroz, despiadado, para el escritor que acaba[ba] de morir, sobre cuyo cadáver, aún caliente, se lanz[ó] con la voracidad de un buitre o una hiena. Es algo de mal gusto, pues atacar a un muerto es peor y más feo que atacar a un ausente. Pero *Astranilla* las gasta así” (2005b, 319). Lo cierto es que Astrana se granjeó muchas enemistades en la década de los veinte y de los treinta, entre otras razones porque desde las páginas de *Los Lunes de El Imparcial*, en donde sucedió a Cansinos, se dedicó a polemizar con buena parte de la intelectualidad de la época. Entre sus enemigos preferidos se contaban los vanguardistas de toda laya: ultraístas, creacionistas, surrealistas, dadaístas, gongorinos; ninguno de ellos estuvo a salvo de sus arremetidas.

Todos estos juicios contrarios han hecho que Astrana permaneciera durante años en una especie de limbo literario del que poco a poco parece haber ido resucitando. A ello han ayudado aproximaciones llenas de ecuaní-

midad como el libro escrito por José Montero Padilla y José Montero Reguera que, además de ofrecer una útil semblanza bio-bibliográfica de Astrana, pone en valor su función como fundador de la Sociedad Cervantina. Por su parte, Enrique Domínguez Millán también se manifiesta firme valedor de Astrana en una biografía que muchas veces roza lo hagiográfico.

En el presente artículo pretendemos centrarnos en las peleas que Astrana sostuvo con los vanguardistas y con los organizadores del homenaje a Góngora, según su opinión miembros todos ellos de una misma familia. Astrana se enfrentó en los años veinte, sin saberlo, a lo que después se ha conocido como Generación del 27, un grupo de poetas que durante años pareció olvidar su ascendente vanguardista y su nacimiento al calor de movimientos renovadores como el ultraísmo. Astrana percibió en tiempo real la ligazón de todos aquellos poetas con la vanguardia, y la animadversión que profesó hacia “los innovadores” ha hecho de él un personaje antipático y antimoderno. Astrana no fue, ni mucho menos, el único en ridiculizar lo que entonces se conocía como “joven literatura”, pero es verdad que lo hizo con un tono excesivamente desabrido. Esa polémica se desarrolló muchas veces en las páginas de los periódicos y las revistas de la época. A ellos y a otros testimonios del período hemos recurrido para tratar de recrear con la mayor exactitud posible un debate que tiene lugar en un período convulso y capital para el curso de nuestras letras.

ASTRANA CONTRA LAS VANGUARDIAS

Tal vez los primeros vanguardistas contra los que Astrana arremetió fueron los jóvenes oficiantes del ultraísmo. Todos los integrantes de aquel movimiento pretendían superar al modernismo, orientación que a Astrana ya desde su mismo nacimiento le parecía desnortada y estéril. Contra los ultraístas lanzará dardos envenenados en su libro *Gente, gentecilla y gentuza*. Allí les dedica el capítulo “La última moda literaria” en donde aprovecha los versos que Luis Mosquera, Adriano del Valle, Guillermo de Torre o Gerardo Diego publicaban por entonces en las páginas de *Grecia* para ridiculizarles como poetas. La verdad es que Adriano del Valle, por ejemplo, no se lo pone demasiado difícil con esta composición:

De mi corazón
almanaque

*se han deshojado
las horas y los años.
Hubo divanes rojos
y hubo estrellas maduras
para mi paladar y mi molicie
de paquidermo rumiador de cantos.*

Astrana, aprovechando el último verso caracteriza a Del Valle como “paquidermo rumiador y poeta irracional” (1921, 240). No mucho mejor parado sale Guillermo de Torre, amante en sus años ultraístas de las palabras esdrújulas y de los neologismos de estirpe futurista, a quien Astrana llama irónicamente “trovador fisicogeómetra del catastro velivolante” (1921, 240). El dardo siguiente es para Gerardo Diego quien antes de adentrarse en la reivindicación de Góngora ya recibió las primeras andanadas de Astrana, en esta ocasión a cuenta de su militancia en el ultraísmo. Diego, como veremos, se resarcirá con posterioridad de todos estos insultos participando en un simbólico auto de fe en el que se condenará al fuego eterno a Astrana acompañado de otros destacados gongoróforos. Pero recordemos las dudas que, a comienzos de los años veinte, albergaba Astrana acerca del futuro como poeta del autor cántabro:

Otro poeta, que se firma Diego –¿será de Noche?–, es más modesto y sentimental:

*“Soy el caminante extraviado
sobre las hojas muertas del calendario”*

No atisbamos que quiere decir; pero en seguida nos descubrirá la condición de su vida:

*“Yo me arrastro
bajo todos los puentes del fracaso”*

Naturalmente, y nosotros le creemos sobre su palabra. Porque, ¿no ha de fracasar, escribiendo como escribe? (1921, 240)

En cierta forma Diego le hará caso porque, a no tardar, al lado de esta modalidad vanguardista, bautizada por el autor de *Imagen* como “poesía de creación” o “poesía absoluta”, comenzará a cultivar otra más apegada a la tra-

dición. *Versos humanos* es buen ejemplo de ello pero ya su debú, *Romancero de la novia*, era un libro inserto en esa tradición y del que, en sus inicios vanguardistas, no gustaba de alardear.

La rebelión que algunos poetas parecían alentar en contra de nuestros clásicos, partiendo para ello del futurismo con su odio a los museos y las academias, era algo que a Astrana le resultaba intolerable. Necesidad de renovación sí, sostenía, pero no a cualquier precio. Astrana opinaba que la escena literaria española pasaba por un enorme bache creativo, un estancamiento que tenía su arranque a comienzos de siglo. Ni el novecentismo ni el modernismo –dos caras de una misma moneda– habían sido el revulsivo eficaz que ayudara a despertar al convaleciente de su postración. Al contrario, el modernismo había sido contraproducente pues lejos de aminorar la dolencia la había agravado. La estética impulsada por Rubén era, en opinión de Astrana, una literatura inconsistente, cursi, afeminada... Este es el duro balance que de sus frutos hace en un artículo publicado en *Los Lunes* bajo el sonoro título de “El homosexualismo en nuestras letras”:

La literatura amadamada, por tanto, halló en estas sectas la mejor defensa de su secta. Sólo le restaba disfrazarse de moda tan ruin leprosería. Irrumpieron nuestras letras todos los lloriqueos y sentimentalismos cursis de los amadamados. Saltáronse las esencias de todos sus frascos líricos. Allí llovieron cuantos perfumes conoció el Oriente. Se desdeñó la aurora y el mediodía, para cantar el lánguido atardecer. ¿Recordáis la cosecha que hubo de ojos glaucos, estanques, cisnes y horas malva? (Astrana 1927d)

Los ultraístas también deseaban clausurar los ya exhaustos manantiales rubendarianos pero, a diferencia del crítico conquense, lo hicieron guardando respeto hacia quienes pretendían enterrar. Bien es cierto que esa inicial cortesía tardó poco en quebrarse. Astrana consideraba, y en ello no iba desencaminado, que el modernismo era una modalidad más de la vanguardia, y en tanto que deseo inorgánico y superficial de renovación, había sido incapaz de generar nada consistente. Con todo, razonaba, un cambio era necesario: “El deseo de renovación literaria que late en muchos jóvenes escritores es en principio en extremo loable. Toda nuestra literatura, en efecto, adolece no ya de roída, vieja, carcomida y apolillada, que eso fuera poco, sino de estancada, y, por ende, de mala, que es lo peor; no de antigua, antes de vetusta” (Astrana

1921, 236). Ante esta urgencia el revulsivo en que pretendían erigirse las corrientes de vanguardia - cubismo, simbolismo, creacionismo- no eran sino meras “bagatelas”. Venían a ser como aspirinas que se recetaban a un enfermo terminal. Y en esto llegaba el ultraísmo, un movimiento estruendoso y combativo, perfecto para colisionar con el también polémico Astrana. De sus opiniones ultracríticas y llenas de sorna hacia los pupilos de Cansinos están repletas las memorias de éste. En *Gente*, *gentecilla* y *gentuza* también se despacha a gusto con ellos y les ataca, además de por su inconsistencia, por el escaso aparataje teórico que fueron capaces de articular. ¿Qué es el ultraísmo?, se pregunta, y responde:

A punto fijo no se sabe; pero sospéchase. Atendiendo a su etimología, ultraísmo es, en orden a las demás escuelas literarias, la del *más allá*. Nada de futurismo, parnasianismo, prerrafaelismo, decadentismo, creacionismo, cubismo, vibracionismo, etc.; el ultraísmo es la última palabra de la modernidad, el *más allá* de todo lo imaginable, la ruptura contra cualquier forma existente, el completo adiós a los moldes antiguos. Y, sin embargo de ser o pretender ser tanto, el ultraísmo es bien poca cosa; no diremos el alcaloide de la tontería. (Astrana 1921, 237-38)

No fue el único Astrana en manifestarse así de severo con el ultraísmo. Hubo quien fue incluso más lejos. Recordemos a este respecto la crónica que en las páginas de *La Voz* (29 enero 1921) escribió el periodista Manuel A. Bedoya con motivo de la celebración de la primera velada ultraísta en el café Parisiana de Madrid. El título es bien elocuente: “Del Madrid funambulesco. En plena apoteosis del disparate”. Bedoya, limeño como Alberto Guillén, aparece entre los autores entrevistados por este último en su polémico libro *La linterna de Diógenes*. Polémico porque Guillén reproduce los insultos que los escritores españoles se dirigen entre sí, y que le habían sido confiados *off the record*. Los ultraístas vuelven a ser, en esas entrevistas, diana agradecida contra la que disparar. Sirva como ejemplo del tono general dominante la opinión expresada por José Francés: “todos sus disparates no pueden ser otra cosa que masturbaciones cerebrales” (Guillén 85). Un punto más allá en su censura va otro autor curiosamente también peruano: Alberto Hidalgo. En su opúsculo *Contra España* (1921) caracteriza a los ultraístas como homosexuales, algo en lo que coincide con Astrana que les había llamado poetas “amadamados”. Estas son las palabras exactas de Hidalgo: “el ultraísmo es un *espor* de andróginos.

El jefe de ellos, todos los saben, es un maricón con patente: Cansinos Assens. Y los que le siguen lo son también, con pocas excepciones. La redacción de esa revista *Grecia* es su casa de cita. El maestro, como le llaman a Cansinos, se desnuda allí cotidianamente y baila la danza de Salomé...” (104).

Como vemos el ánimo combativo contra el ultraísmo no se circunscribía a Astrana, sino que estaba bastante extendido. Prácticamente todos los escritores consagrados fueron renuentes a sus propuestas, a lo que habría que sumar la actitud escandalosa, tomada de dadá, con que el ultraísmo gustaba presentarse en sociedad. La polémica alimentaba al *Vltra* y por ello sus oficiantes estaban deseosos de entablar discusión con cualquiera, ya fuera éste Manuel Machado, León Felipe o el mismo Astrana. A este último, desde las páginas de *Vltra* (n.º 1, 27 enero 1921), le envían el siguiente recado: “El señor Astrana Marín, nos honra censurándonos en su libro *Gente, gentuza y gentequilla*. ¡Caramba, si nos alabase sería cosa de dudar de nosotros mismos!”.

El ultraísmo da sus últimos pasos entre 1922 y 1923, momento en que el estandarte del movimiento, la revista *Vltra*, cesa su actividad. Bien es cierto que en revistas posteriores –*Tableros*, *Horizonte*, etc.– todavía resuenan ecos de stirpe ultraísta que poco a poco se van confundiendo con los de otro movimiento innovador presto a tomar el testigo: el surrealismo. A Astrana se le abre de este modo un nuevo flanco en su cruzada contra la vanguardia. En octubre de 1926, con motivo de la publicación en París del segundo y último número de la revista *Favorables París-Poema*, dirigida por Juan Larrea y César Vallejo, Astrana crea un neologismo para referirse a los poemas allí incluidos: “ultragismo”. En esta ocasión se sirve de erratas como: “El tiempo tiene hun miedo ciempiés a los relojes” para burlarse, sin nombrarle, de su autor. Éste no es otro que César Vallejo, aunque en la revista, por error, el poema se atribuyó al escultor catalán Apeles Fenosa. Con el título “He aquí que hoy saludo” se recoge posteriormente en *Poemas humanos*, Astrana considera que el grueso de los poemas publicados por Larrea y Vallejo en su revista son herederos del ultraísmo, un movimiento que parecía resistirse a desaparecer. Aunque evita citar los nombres del resto de colaboradores –“pasarán a la posteridad”, ironiza-, sí tiene tiempo de destacar a uno de ellos: Pablo Neruda. Así bautiza al futuro premio Nobel chileno y reproduce este verso suyo: “¡Oh cielo, tejido de aguas y papeles!”, para preguntarse a continuación: “¿Se dijo nunca semejante cosa? ¿No merece que le declaremos príncipe de los ultraístas?” (Astrana 1926). La vanguardia se resistía a fenecer y a Astrana se le hacía intragable el nuevo objetivo que los jóvenes literatos se marcaban en

aquella publicación: “expresar en la forma más palpable, más sencilla, los revoloteos de la Psiquis” (1926). El surrealismo, del que en 1925 André Breton presentó su primer manifiesto, se convertía en el nuevo credo estético para regocijo de multitud de jóvenes poetas y para escándalo de tradicionalistas como Astrana.

En 1929, con el surrealismo en plena expansión en España, Astrana vuelve a insistir en su cruzada contra el vanguardismo. La vanguardia, apunta entonces, es un señuelo que la juventud emplea para darse a conocer. El problema radica en que esa juventud, a causa de su falta de experiencia, carece de conocimientos suficientes para renovar con vigor lo establecido y por ello se deja arrastrar por la moda, justamente aquello que antes se queda viejo. “Moda –había escrito con anterioridad (Astrana 1927f)– es un disfraz de la novedad, con ser ya la novedad disfraz de disfraces, supuesto que nada hay nuevo”. Y dado que ya está todo inventado lo importante no es decir cosas nuevas sino decirlas mejor. La vanguardia de este modo resulta ser un simple juego de “mozalbetes” dispuestos a “llamar la atención” a toda costa. Una juventud asexuada, falta de músculo, muy diferente de la que Astrana (1929) juzga necesaria:

la verdadera juventud, el verdadero movimiento regenerador de España, el que establezca las bases de una mejor política, de una más alta filosofía, de un concepto más imparcial de la historia y de un sentido más humano y más libre del arte, está muy lejos de la patulea retrógrada vanguardista. Ni es empresa para versificadores amuchachados y asexuales, sino para espíritus viriles, que sepan hablar claro y alto el duro lenguaje de la verdad que han de imponer los tiempos.

Es fácil, leyendo este fragmento, deducir que con su llamada a la rehumanización de la literatura o a la victoria de los espíritus más selectos, Astrana está abogando por la llegada de un nuevo orden artístico y político. Incluso puede percibirse cierta complacencia en el uso de la fuerza para ello. Astrana, sin embargo, no desentona de la opinión poco favorable hacia la “joven literatura” que por entonces, con motivo de las celebraciones del tercer centenario de Góngora, expresaba Unamuno:

Y ahora en estos días mismos de principios de junio de 1927, cuando la tiranía pretoriana española se ensoecea más y el rufián que la representa

vomita, casi a diario, sobre el regazo de España las heces de sus borracheras, recibo un número de *La Gaceta literaria*, de Madrid que consagran a don Luis de Góngora y Argote y al gongorismo los jóvenes culteranos y cultos de la castrada intelectualidad española. (104)

Unamuno golpea a Primo de Rivera pero también manifiesta su desconfianza en unos jóvenes que reivindicaban la figura del autor del *Polifemo*, y que se desentendían de las hondas preocupaciones españolas en que se habían sumergido sus compañeros de generación. A esos mismos poetas los llamará Unamuno “eunucos”. ¿Sentía cierta envidia el pensador bilbaíno por un grupo de escritores que ya comenzaba a hacerse con las riendas intelectuales de España y que obligaba a los escritores del 98 o del novecentismo a pasar a un segundo plano? Es probable que así fuera. Lo cierto es que los poetas del 27 al ir erigiéndose en grupo dominante levantaban no pocas suspicacias entre los poetas mayores –Machado, Juan Ramón, etc.–, también entre otros escritores coetáneos que se iban quedando rezagados. Piénsese por ejemplo en el ataque que, desde posiciones de avanzada, envía el ex-ultraísta Ernesto López-Parra (1927) a Gerardo Diego a cuenta de la poco vanguardista misa con que se homenajea a Góngora. O en las palabras denigratorias que hacia los del 27 se profieren desde las páginas de la revista *Post Guerra*. Astrana, seguramente desde un plano ideológico diferente, tampoco veía con buenos ojos a una juventud amiga de acoger modas extranjerizantes o de vindicar figuras oscurantistas y marginales dentro de nuestra literatura. Él pensaba que paralela a esa juventud existía otra “que no se cuida[ba] para nada de grupitos miriados y perfumados”, que “sólo at[endía] a su obra” y que no caía “en las castraciones morales y espirituales de ninguna escuela arrebozada con nombre de vanguardia o retavanguardia” (1929). Estas ideas concuerdan con las de importantes pensadores que a finales de los años veinte comenzaban a criticar abiertamente a quienes se habían dejado seducir por el purismo o el formalismo y habían minusvalorado la preocupación por el hombre y su circunstancia. Se comienza a hablar entonces de rehumanización al socaire de las ideologías totalitarias que prendían en España. Esa preocupación social, que late en las palabras de Astrana, se bifurcará en dos senderos irreconciliables: de una parte, los poetas próximos al comunismo con su revista *Octubre*, de otra, los cercanos a Falange, ansiosos por contemplar el resurgimiento de una España imperial. Con su homofobia y su antisemitismo, Astrana, de tener que elegir entre las dos, habría optado con bastante probabilidad por la segunda.

Cabe preguntarse, en todo caso, hasta qué punto Astrana fue certero en sus juicios sobre la vanguardia. Paradójicamente algunos de sus más encarnizados detractores no tardaron en darle la razón. Es lo que sucede, por ejemplo, con Rafael Cansinos Assens que, en su libro de memorias *La novela de un literato*, cuenta cómo terminó por abandonar el ultraísmo tras percatarse de la incapacidad de este movimiento por generar nada consistente, ni siquiera un poeta que pudiera alcanzar cierta notoriedad. Cansinos (2005a, 480) apunta lo siguiente:

Empiezo a pensar si *Astranilla*, el salvaje, no tendrá razón en sus crudos juicios sobre los ultraístas... Hasta ahora, no ha surgido el poeta que esperábamos. Sus producciones forman una antología de absurdos que justifican las burlas de que son objeto (...) Yo los defiando, pero en el fondo yo también estoy ya empachado de tanto disparate con pretensiones de novedad, y no puedo reprimir una sonrisa irónica ante esos engendros que, por lo demás, tantos sudores les cuestan..., y la fatuidad con que los exhiben...

Tampoco el ultraísta Ernesto López-Parra, según Francisco Villaespesa (Guillén 179), el único poeta con talento del grupo, estaba demasiado lejos de Astrana cuando, en pleno ultraísmo, apuntaba como objetivo el siguiente: “Lo que queremos es depurar las emociones poéticas, rechazando las imágenes ya creadas, no porque nos parezcan malas, sino porque nos parecen viejas. Las cosas son siempre las mismas, pero cada época las ve con ojos distintos” (1921). En esto, como se ve, no hay grandes diferencias con lo que sostenía Astrana. Sucede algo parecido con la acusación de adanismo o de extranjerismo que se hacía pesar sobre el ultraísmo. Era evidente que el caligrama francés, el cubismo pictórico o el ideario futurista estaban en la base de sus propuestas. Pero no sólo eso. Guillermo de Torre y Jorge Luis Borges muestran también el contacto de este movimiento con nuestros clásicos, en concreto con autores barrocos como Góngora o Quevedo, muy amantes ambos de crear imágenes impactantes, algo que les hermanaba con los ultraístas. Astrana, más cauto, sólo veía en estas corrientes tentativas de inocular virus perniciosos y extraños en nuestras letras. Además, de tener que espigar en nuestra literatura un modelo como patrón de renovación no parece que fuera Góngora el más indicado. Así se lo hará saber a los mismos ultraístas y a los del veintisiete.

ASTRANA CONTRA GÓNGORA

La reivindicación de Góngora en 1927 sirvió para que un conjunto de poetas hasta entonces un tanto disperso en sus preocupaciones estéticas se uniera alrededor de un objetivo compartido y comenzara a tener conciencia de grupo. Esa idea de grupo y el papel aglutinador que el homenaje a Góngora jugó en su definición ya fue percibida por Luis Cernuda en un artículo publicado en 1937 en las páginas de *Hora de España* (–que puede verse también en Caudet 261–65). Allí apuntaba: “El centenario de Góngora, celebrado por aquella fecha, proyecta sobre dicho grupo de escritores la difícil gloria de aquel gran poeta desdeñoso, exigente y orgulloso, enseñándoles algo a que por lo demás estaban predispuestos: rigor y responsabilidad”. No cabe duda de que una de las principales motivaciones que indujo a escritores como Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Rafael Alberti o Federico García Lorca a reivindicar con bastante combatividad la figura del denostado Góngora tenía que ver con su deseo de romper con un arte considerado pacato y superficial. Luis Cernuda en el artículo mencionado, pensaba que ese arte contra el que se habían sublevado era todavía el modernista. Olvidaba, sin embargo, que contra él ya se había levantado con anterioridad y con parecida agresividad el ultraísmo. Al fin y a la postre, si algún mérito se ha atribuido a ese peculiar movimiento vanguardista español ha sido el de liberar a nuestra literatura del caduco lastre modernista.

El neogongorismo fue percibido por muchos como una variante más de la vanguardia, otro ismo a cuya grupa se aupaban los amantes de novedades en su intento de romper con lo establecido. Astrana, obviamente, así lo contempló desde el principio, por ejemplo en una entrevista concedida al periodista Alfonso Camín a comienzos de los veinte en donde proclama: “Los gongoristas de ayer y los ultraístas de hoy son una misma cosa” (Montero Padilla y Montero Reguera 35). Pero no fue el único. Desde la perspectiva de los innovadores, Góngora, con su lección de independencia, con su búsqueda de una poesía personal, pura, desgajada de la torva realidad, o con su halo de heterodoxia venía a constituir un modelo apto para los deseos de transformación que albergaban los poetas jóvenes. Por eso, el ultraísmo, con Guillermo de Torre a la cabeza había sido de los primeros en izar su bandera. De hecho, en su único poemario, *Hélices* (1923), Torre emplea una cita de *Las soledades* de Góngora para prologar la sección séptima del libro. Por su parte, Francisco Ayala en su proemio a *La piel del cordero* –escrito en 1949–, también contem-

pla las celebraciones gongorinas como una manifestación más del efervescente ánimo renovador en el que se sumergió la juventud española en la década de los veinte, un afán que se dispersó en un amplio haz de perspectivas en apariencia contradictorias pero interconectadas entre sí por unos invisibles lazos vertebradores. Este es el cuadro general que pinta Ayala (14):

Las distorsiones formales más arriesgadas y las mayores extravagancias temáticas, la apelación al folclore, a lo tradicional y local, la revivificación de las formas cultas, clásicas y barrocas, y hasta una veta neorromántica, eran tendencias que convivían, pugnaces, pero hartamente mezcladas, y todas coincidentes en su prescindencia de la realidad social inmediata, en los tanteos de esa generación. A ella pertenecen extremos tan dispares como el ultraísmo y el gongorismo, cuyos secuaces respectivos precisarán fechas, límites, y se negarán, celosos, toda concomitancia; pero ¿cómo no ver en ellos, a la distancia, figuras de un mismo cuadro, más emparentadas de lo que quisieran?

Gongorismo y vanguardia venían a ser casi lo mismo, pensaba Ayala años después, y así lo entendió rápidamente Luis Astrana que pronto se erigió en uno de sus más conspicuos fustigadores.

Su primer aviso, antes del tricentenario, lo había dado en 1925, con motivo de la aparición de una biografía de Góngora escrita por Miguel Artigas. Confiesa entonces el estudioso conquense que la figura del racionero cordobés nunca le “fue simpática” y que juzgaba extemporáneos tanto los intentos del parnasianismo y del simbolismo francés por resucitarlo como “las solicitudes de esas literaturas en cierne por incluirle en su campo” (Astrana 1925). Aquí, sin duda, hay una referencia a Guillermo de Torre y su libro *Literaturas europeas de vanguardia*, publicado en ese mismo 1925, que dedica algunos epígrafes a valorar la importancia de Góngora como creador de imágenes y metáforas, aspecto éste que servía a Torre para considerarle un “precursor” del ultraísmo. Luis Astrana (1925), por contra, hace suyas las palabras que Marcelino Menéndez Pelayo había dirigido a Góngora en su *Historia de las ideas estéticas en España*, en donde el polígrafo cántabro había dictaminado:

Indígnale a uno más que la hinchazón, más que el latinismo, más que las inversiones y giros pedantescos, más que las alusiones recónditas, más que los pecados contra la propiedad de la lengua, lo vacío, lo desierto de

toda inspiración, el aflictivo nihilismo poético que se encubre bajo esas pomposas apariencias, los carbones del tesoro guardados por tantas llaves.

Sobre este juicio peyorativo orbitará gran parte de la polémica que, en torno a la figura de Góngora, se suscita en España en 1927. De una parte, gentes como Luis Astrana Marín o Justo García Soriano, discípulos de Menéndez Pelayo y continuadores de una tradición inveterada que nace en el seiscientos y que condena al ostracismo a Góngora por sus oscuridades; frente a ellos, la joven literatura, con Dámaso Alonso y Gerardo Diego a la cabeza, que encuentra en Góngora un modelo plausible de poesía, afín a la nueva sensibilidad que entiende la obra artística como un ente puro de ficción, desligado de la realidad. La polémica, evidentemente, estaba servida y entre unos y otros, como veremos, habrá algo más que palabras.

Pese a que Astrana (1925) se negaba por todos los medios a permitir que Góngora abandonara el purgatorio en donde yacía recluido, también era capaz de reconocerle algún mérito: “Nadie niega la aguda sensibilidad de Góngora, ni el primor de algunas imágenes del *Polifemo*”. Astrana, haciéndose eco de una larga tradición, que parte de Francisco de Cascales, distingue entre el “poeta de la luz” y el “poeta de las tinieblas”, entre la claridad de sus estimables poemas juveniles y las oscuridades en las que se adentra a raíz de su militancia en el culteranismo. Añade además otra de las acusaciones que sobre Góngora se hacía pesar: su falta de originalidad, su mera imitación de un modelo, el cultista, aclimatado en España por otro poeta: don Luis de Carrillo y Sotomayor, al que Góngora, injustamente, habría arrebatado la paternidad. Góngora quedaba de este modo rebajado a un “simulador”, a un vulgar copista.

En el artículo de Astrana se sintetizan gran parte de las ideas-fuerza que sobre la figura de Góngora se habían ido consolidando a lo largo de los años. Ideas contra las que se rebelarán los hombres del 27, de modo especial Dámaso Alonso que dedicará buena parte de sus esfuerzos a desbaratar puntos de vista tenidos en la historiografía española por verdades incontrovertibles. Por ejemplo, la idea de que la literatura española sólo era apta para la fabulación de lo cotidiano, asunto sobre el que diserta en su conferencia del Ateneo sevillano en 1927 y que después, en octubre de 1933, publicará en la revista *Cruz y raya* con el título de “Escila y Caribdis de la literatura española”. A rebatir otro lugar común, el de la existencia de dos Góngoras antitéticos, el de la luz y el de las tinieblas, dedica Alonso el prólogo a su edición de las *Soledades* en 1927. Finalmente, la acusación que pesaba sobre Góngora de haber

plagiado a Luis Carrillo, por entonces alentada por el crítico Justo García Soriano en un artículo aparecido en 1926 en el *Boletín de la Real Academia Española*, será también rebatida por Dámaso Alonso en su trabajo: “La supuesta imitación por Góngora de la *Fábula de Acis y Galatea*”. Todos estos textos formarán parte posteriormente de sus *Estudios y ensayos gongorinos*.

Según cuenta Gerardo Diego en su “Crónica del centenario” (1927, 1-2), la idea de homenajear a Góngora surgió en abril de 1926, en “una improvisada y amistosa tertulia” en la que se reunieron alrededor de una mesa de café, entre otros, “Pedro Salinas, Melchor F. Almagro, Rafael Alberti [y] Gerardo Diego”. Después se sumaron a la iniciativa “Antonio Marichalar, Federico García Lorca, José Bergamín, Moreno Villa, José María Hinojosa, Gustavo Duran [y] Dámaso Alonso”. Para vindicar la figura del poeta cordobés se decidió acometer la tarea de publicar seis volúmenes con sus obras y otros tantos con estudios referidos a ellas. Junto a estos actos “serios” también se proyectaron otros más desenfadados. Diego (1927, 2) los resume de este modo:

El auto de fe en desagravio de tres siglos de necedades (y los que vendrán). La representación de alguna comedia de Góngora. El concierto de música antigua y moderna sobre Góngora. Una verbena andaluza decorada por nuestros artistas. Y la exposición de los dibujos y grabados. Y conferencias. Y lecturas. Y toda clase de manifestaciones juveniles en serio y en broma, según conviniese a la oportunidad del momento.

Todos estos festejos pretendían contrarrestar el escaso interés, cuando no animadversión, con que la figura de Góngora era contemplada desde las instancias oficiales –léase aquí la Real Academia Española–. Muestra de ello venía a ser el citado artículo de Justo García Soriano que bajo el título de “Don Luis Carrillo y Sotomayor y los orígenes del culteranismo” había acogido una revista de la Academia. En él se arremetía sin compasión contra Góngora, y se le acusaba de ser un mero segundón del “cuatralbo”. García Soriano se convierte desde ese mismo momento en una de las principales dianas contra la que dispararán los vindicadores de Góngora. También lo será Luis Astrana Marín que entre enero y febrero de 1927 publica en las páginas de *Los Lunes de El Imparcial* una serie de artículos titulados “Los orígenes del gongorismo” –posteriormente recogidos en su libro *El cortejo de Minerva*–, en los que traslada al gran público los argumentos de García Soriano. Todo esto, como es lógico, encrespó los ánimos de uno de los principales impul-

sores del homenaje: Gerardo Diego, que, en carta enviada a Jorge Guillén el 25 de febrero de 1927, saluda la propuesta de responder a Astrana con algo más que palabras:

Magnífico me parece el dar una paliza a Astrana Marín y sólo lamento no tenerle al alcance de mi tranca. Estaría bien enviarle entre todos un mismo día (que las recibiese todas juntas) una colección de epigramas, ovillejos, insultos y gansadas, firmadas. Por ejemplo:

Hay que mandarle a hacer chis
a Luis.
Zurrarle bien la badana
a Astrana.
Calentarle el traspontín
a Marín.
Vaciarle bien el serrín
que almacena en el cogote
y, por blasfemar de Argote,
atiborrar de cipote
a Luis Astrana Marín. (Salinas 90)

Gerardo Diego arremete igualmente en su misiva contra “el necio trabajo de García Soriano”, que “no tiene una sola cosa nueva ni bien vista” (Salinas 91) y se plantea escribir un artículo sobre “la originalidad de Góngora” para contrarrestar las acusaciones. Éste se publicaría en las páginas del Boletín de la Academia de Bellas Artes de Córdoba, que, como así sucedió, pretendía dedicar un número de homenaje a Góngora. Sin embargo, Diego no compuso tal artículo, tarea que cedió a Dámaso Alonso. En la segunda parte de su “Crónica del centenario” (1928, 7), Diego contextualiza la aparición del mismo: “Y el bochorno de la actitud académica subió a su colmo al acoger en su «Boletín» el ignorante y torpe artículo de Justo García Soriano. Justo Mercedo [*sic*] el que le aguarda en el estricto y documentado varapalo que en breve publicará el implacable Dámaso Alonso”. Tal respuesta apareció bastante después, en 1932, en la *Revista de Filología Española*, con el título de “La supuesta imitación por Góngora de la «Fábula de Acis y Galatea»”. Se trata, efectivamente, de un dechado de erudición que deja mal parados a García Soriano y a su escudero Astrana Marín. En la primera página del artículo, Alonso (1962, 324)

dirige su invectiva contra el “ilustre erudito” Justo García Soriano. También, sin nombrarle, contra Astrana, a cuyo trabajo, sin duda, va dirigida la primera nota: “Algunos otros trabajos sobre el tema se han publicado en España en los últimos años: literatura periodística, no contienen datos nuevos, y caen totalmente fuera del terreno científico” (Alonso 1962, 324, n. 1).

Efectivamente, poco es lo que aportan los cinco artículos en los que, entre enero y febrero de 1927, Astrana descarga su saña contra el “racionero impostor” (1927b). Los argumentos que emplea son los ya expuestos con anterioridad por García Soriano en su estudio. Nuestro interés en ellos radica en observar la tajante oposición que Astrana manifiesta hacia la pretensión de algunos de reivindicar a Góngora con motivo del tercer centenario de su defunción. Ya advierte de ello en su primer artículo: “Conviene tanto más ello, cuanto este año se cumple el tercer aniversario de su muerte, y son de esperar grandes necesidades sobre su fisonomía a cargo de los preciosistas de toda laya” (Astrana 1927a). En su siguiente arremetida, Astrana precisa algo más la identidad de esos “preciosistas”:

De entonces acá se ha escrito con frecuencia de Góngora (y de otros clásicos tanto como de él), se le ha elogiado por extremo; mas los propulsores de esas infinitas pestes juveniles (que cada día bautizan de distinto modo: preciosismo, modernismo, planismo, vibracionismo, dadaísmo, ultraísmo, superrealismo, postumismo, etc) sedicentes secuaces de Góngora, no lo son en modo alguno; porque no guardan con él sino el afán de llamar la atención, mas con procedimientos extravagantes y estúpidos de que no usó el poeta cordobés; que, falsario desde luego como cultista o expoliador de Carrillo, será siempre, sin embargo, el gran poeta que todos reconocemos en sus sonetos, romances y letrillas. (1927b)

En el artículo que cierra la serie, publicado el 20 de febrero de 1927, Astrana (1927c), fiel a su estilo, no ahorra los insultos para referirse a los nuevos gongorófilos:

Confieso que no me hubiera detenido tanto en la materia, a no sospechar (como ha sucedido) que la incultura de algunos ignaros subalternos de instrucción pública —que debieran tornar al repaso de la instrucción primaria—, tomase pie en el centenario del racionero de Córdoba para sublimarle como inventor de un estilo cuya prelación le es ajena.

Entre esos “ignaros” se contarían “algunos poetillas ultraicos, de los entre pisarse el ronzal y pelícanos” que habían comenzado a “trazar la semblanza de Góngora”. La alusión a Gerardo Diego parece clara y por eso no es raro que éste, en la carta que citábamos con anterioridad, escrita cinco días después de publicarse este artículo, se manifestara así de jocoso con Astrana. La animadversión entre ambos venía de lejos, de los tiempos del ultraísmo. Por ello, nada más proyectarse los actos de homenaje a Góngora, Diego piensa en Astrana como motivo de burla y resarcimiento. En carta escrita a Alfonso Reyes el 2 de septiembre de 1926 escribe:

Y como número de fuerza, un gran *auto de fe*, quemando ejemplares reales o en efigie de todos los libros que han hablado mal de don Luis –críticos, historiadores, de texto, etc.– y monigotes representativos del Catedrático, el Académico y el Erudito gongoróforos. Y haremos lo posible por quemar vivo, como muestra y para escarmiento, a Astrana Marín. (Morelli 123)

Todavía años después, el mismo Diego, al recordar las celebraciones gongorinas, que, entre otros actos lúdicos contaron con el regalo de algunos obsequios a destacados “gongoróforos”, señalaba que entre los premiados se encontraban Justo García Soriano y Luis Astrana Marín, “que había comenzado a atacar no sólo a Góngora, sino a nosotros, llamándonos maricas o cosa parecida” (Diego 1977).

Efectivamente, en otro artículo aparecido a finales de mayo de 1927 bajo el título de “Dos significativos fracasos”, Astrana (1927e) llama a los festejadores de Góngora “poetillas amadados y hebenes”. Los fracasos a los que alude son los actos de recuerdo tributados a Felipe II y a Góngora. Astrana hace balance de los frutos producidos por los festejadores del poeta cordobés y lanza un nuevo mandoble esta vez a Dámaso Alonso que, por entonces, había trasvasado las *Soledades* a prosa, y había precedido su edición de un prólogo en el que empleaba los términos “claridad y belleza” para definirlos. La respuesta de Astrana (1927e) es de nuevo intempestiva:

Sus modernos defensores, chirlería y escoria literaria, en el afán de pujar sus nebulosidades, no han sabido presentar su figura bajo colores simpáticos. Incluso inventaron en él una claridad y pureza donde todo es

negrura y afectación. Tradujéronle a la diablo, dando por propias cuantas sugerencias pertenecen a Pellicer de Salas y a Salcedo Coronel. Y aún lo que éstos juzgaron oscuro, ellos lo tuvieron por el más regalado haz de rayos solares. Si para entender a un poeta hay que verterle en prosa, ¿no abominará el público de ambos, del poeta y del que lo traduce?

Gerardo Diego (1927, 3) en su “Crónica del centenario” habla del “éxito de cultos entusiasmos” que Alonso había cosechado con su edición de las *Soledades* y no evita referirse a Astrana cuando habla de los “disfrazados ladridos” que también se habían dejado oír. Todos estos insultos no quedaron impunes. Según relata Gerardo Diego en esa misma crónica, entre los actos de desagravio de Góngora figuraron unos famosos “juegos de agua” que tuvieron como escenario las paredes de la Academia de la Lengua y un Auto de fe en el que simbólicamente se prendió fuego a tres monigotes “representativos de los tres enemigos de Góngora: el erudito topo, el catedrático marmota y el académico crustáceo”. Astrana, sin duda, se contaba entre los condenados. Gerardo Diego despeja todas las dudas al respecto en una carta que envía el 17 de mayo de 1927 a Dámaso Alonso. Allí habla del siguiente programa de actos: “Por la mañana: una misa por Don Luis en la de San Sebastián, por ejemplo, para que rabie Lope. Después: secuestro de Astrana Marín con alusiones a la hoguera inquisitorial” (Morelli 59).

La fiesta no acabó aquí. Hubo más. Gerardo Diego (1927, 6) lo recuerda de este modo:

Los jóvenes inquisidores, maestros y acólitos, obsequiaron con delicados presentes a algunos representativos enemigos de Góngora. Fueron elegidos tres: un marqués, un erudito y un chantajista. Los nombres nos parece ocioso reproducirlos. Los obsequios, envueltos en versos y ofrendas gongorinas, eran comestibles, fumigables y, alguno de ellos, el de los cuatro ferruginosos coturnos, curvados en arco de herradura, utilísima y del mejor augurio.

Astrana, cómo no, estuvo entre los agasajados. Rafael Alberti (250) lo cuenta en *La arboleda perdida*:

El señor Astrana Marín, crítico que diariamente atacaba a don Luis, descargando de paso toda su furia contra nosotros, recibió su merecido,

mandándole a su casa, en la mañana de la fecha, una hermosa corona de alfalfa entretejida de cuatro herraduras, acompañada por si era poco con una décima de Dámaso Alonso, de la que hoy sólo recuerdo su comienzo: *Mi señor don Luis Astrana, / miserable criticaastro, / tú que comienzas en astro / para terminar en rana...*

No parece que los años mitigaran las pasiones encontradas que el vanguardismo en general y la figura de Góngora en particular hicieron despertar entre Astrana y los poetas del 27. Gerardo Diego, pese a haber obtenido de manos de Astrana el premio Larragoiti de poesía en 1956 (Montero Padilla y Montero Reguera 144-46), no desaprovecha, al hablar de Quevedo, la ocasión de lanzar el siguiente dictorio sobre el crítico ya fallecido: “Astrana Marín, tan formidable trabajador como inseguro e incorrecto erudito”(1964). Por su parte, Astrana (1948, 574) en el “Epílogo galeato” con que cierra el volumen 7º de su *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra* no olvida incluir entre sus enemigos a los poetillas “imbécil[es] del trasnochado gongorilismo”.

Resulta paradójico que con los años no fuera el ortodoxo Astrana quien acabara formando parte de la Real Academia Española, institución que le vedó sus puertas. En ese mismo “Epílogo galeato” Astrana (573) arremete contra todos los que habían desconfiado de sus fuerzas para dar a la luz su monumental biografía de Cervantes; no falta entre ellos el “académico chirle (...) que habla por boca de ganso y se corcuse en los calcetines «De la Real...»”. Por su parte, Gerardo Diego o Dámaso Alonso, adalides en la defensa de la denostada figura de Góngora y “aguadores” confesos de la Academia, serán a no tardar miembros destacados de la Institución e incluso, caso de Alonso, su director.

El objetivo de insertar a “Góngora en el cuadro normal de la literatura española” y dejar de ser así un “proscrito”, tal y como apunta Dámaso Alonso (1962, 76) se alcanzó con relativa facilidad. Y lograda la meta, el mismo Alonso no tardará en rebajar la temperatura de su pasión por Góngora. En un artículo publicado en 1928 en las páginas de la *Revista de Occidente* y después recogido en *Cuatro poetas españoles*, Alonso (1962, 72) se ocupa de pasar página: “Admirados, porque algo queda vivo e intangible del arte del gran cordobés: la lección de su pura fidelidad a la poesía, la de su insuperable dominio técnico (aquí no admitimos restricción). Pero insatisfechos: porque Góngora no es nuestro poeta, ni menos el *poeta*”. Algo similar es lo que pensaba Alberti

(251) para quien “el contagio gongorino fue, además de deliberado, pasajero. No paso del año del homenaje”.

Obras citadas

- Alberti, Rafael. *La arboleda perdida: Memorias*. 5.^a reimp. Barcelona: Seix Barral, 1978.
- Alonso, Dámaso. *Cuatro poetas españoles*. Madrid: Gredos, 1962.
- . *Estudios y ensayos gongorinos*. 3.^a ed. Madrid: Gredos, 1982
- Astrana Marín, Luis. *Gente, gentecilla y gentuza*. Madrid: Biblioteca Bergamín, 1921.
- . “Un gran libro sobre D. Luis de Góngora”. *Los Lunes de El Imparcial* (7 junio 1925): 5.
- . “¡Otra vez el ultraísmo!”. *Los Lunes de El Imparcial* (17 octubre 1926): 5.
- . “Los orígenes del gongorismo: cuestión resuelta”. *Los Lunes de El Imparcial* 23 enero 1927a: 5.
- . “Los orígenes del gongorismo: una cuestión literaria resuelta”. *Los Lunes de El Imparcial* 30 enero 1927b: 5.
- . “Los orígenes del gongorismo: a propósito del centenario de Góngora”. *Los Lunes de El Imparcial* 20 febrero 1927c: 5.
- . “El homosexualismo en nuestras letras”. *Los Lunes de El Imparcial* 13 marzo 1927d: 5.
- . “Dos significativos fracasos”. *Los Lunes de El Imparcial* 29 mayo 1927e: 5.
- . “La moda”. *Los Lunes de El Imparcial* 14 agosto 1927f: 5.
- . “¿Qué es vanguardismo?”. *Los Lunes de El Imparcial* 2 noviembre 1929: 7.
- . *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra: con mil documentos hasta ahora inéditos y numerosas ilustraciones y grabados de época*, 7. Barcelona: Instituto Editorial Reus, 1948.
- Ayala, Francisco. *La piel del cordero*. Barcelona: Bibliotex, 2001.
- Cansinos Assens, Rafael. *La novela de un literato*, 2. Madrid: Alianza editorial, 2005a.

- . *La novela de un literato*, 3. Madrid: Alianza editorial, 2005b.
- Caudet, Francisco, ed. *Hora de España: antología*. Madrid: Turner, 1975.
- Cernuda, Luis. “Notas: líneas sobre los poetas y para los poetas en los días actuales”. *Hora de España* 6 (1937): s.p.
- Diego, Gerardo. “Crónica del centenario de Góngora (1627-1927)”. *Lola* 1 (dic. 1927): s.p.
- . “Crónica del centenario de Góngora (1627-1927)”. *Lola* 2 (ene. 1928): s.p.
- . “Quevedo poeta”. Gerardo Diego. *Obras Completas, Prosa, Tomo 8, Prosa Literaria (Volumen 3)*. Edición e introducción de José Luis Bernal. Madrid: Alfaguara, 2000. 837-39. [Orig. *Panorama poético español* 843 (1964): s. p.].
- . “Los sucesos”.; Gerardo Diego. *Obras Completas, Prosa, Tomo 8, Prosa Literaria (Volumen 3)*. Edición e introducción de José Luis Bernal. Madrid: Alfaguara, 2000. 988-90. [Orig. *Arriba* 30 enero 1977: s.p.]
- Domínguez Millán, Enrique. *Vida ejemplar y heroica de Don Luis Astrana Marín*. Cuenca: Diputación, 2006.
- González Ruano, César. *Mi medio siglo se confiesa a medias: Memorias*. Barcelona: Noguer, 1951.
- Guillén, Alberto. *La linterna de Diógenes*. Madrid: Ave del Paraíso Ediciones, 2001.
- Hidalgo, Alberto. *España no existe*. Ed. Carlos García. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 2007.
- López-Parra, Ernesto. “Las nuevas tendencias líricas: el ultraísmo”. *La Voz* 29 enero 1921: 2.
- . “Los innovadores”. *El Liberal* 31 julio 1927: 5.
- Montero Padilla, José, y José Montero Reguera. *Luis Astrana Marín, fundador de la Sociedad Cervantina: los trabajos y los días de un cervantista solitario*. Cuenca: Diputación, 2006.
- . “Los innovadores”. *El Liberal* (31 julio 1927): 5.
- Morelli, Gabriele. *Gerardo Diego y el III centenario de Góngora*. Valencia: Pre-Textos, 2001.
- Salinas, Pedro, Gerardo Diego y Jorge Guillén. *Correspondencia (1920-1983)*.

Ed. José Luis Bernal Salgado. Valencia: Pre-Textos, 1996.

Unamuno, Miguel de. *Cómo se hace una novela*. Buenos Aires: Alba, 1927.